

CICERÓN

El orador perfecto
(46 a.C.)

Pero como se comete un gran error al definir esta especie de estilo (ático), he creído que tenía que emprender un trabajo útil para los estudiosos, aunque a mí mismo no me fuera en absoluto necesario. Y por eso traduje los dos discursos más célebres de los dos oradores áticos más elocuentes, dos discursos que se oponían entre sí: uno de Esquines y otro de Demóstenes. Y no lo traduje como intérprete, sino como orador, con la misma presentación de las ideas y de las figuras, si bien adaptando las palabras a nuestras costumbres. En los cuales no me fue preciso traducir palabra por palabra, sino que conservé el género entero de las palabras y la fuerza de las mismas. No consideré oportuno dárselas al lector en su número, sino en su peso. Este trabajo tiene por objeto que nuestras gentes comprendan aquello que tienen derecho a exigir de aquellos que se pretenden áticos y a qué tipo de estilo deben ellos referirse.

(Trad. Miguel Ángel Vega, p. 77)

SAN JERÓNIMO

Carta a Panmaquio
(405)

... yo no solamente confieso, sino que proclamo en alta voz que, aparte de las Sagradas Escrituras, en que aun el orden de las palabras encierra misterio, en la traducción de los griegos no expreso palabra de palabra, sino sentido de sentido. Y tengo en esta parte por maestro a Tulio, que trasladó el *Protágoras* de Platón y el *Económico* de Jenofonte y las oraciones, bellísimas, de Esquines y Demóstenes, que dijeron uno contra otro. No es de este momento decir por menudo cuántas cosas pasara por alto, cuántas cambiara, a fin de explicar las propiedades de una lengua por las propiedades de la otra. Bástame la autoridad misma del traductor, que en el prólogo de las mismas oraciones dijo así: "Pensé haber emprendido un trabajo útil para los estudiosos, aunque a la verdad no necesario para mí mismo, como fue entre los atenienses, Esquines y Demóstenes, que contendieron entre sí. Pero no las vertí como intérprete, sino como orador, con las mismas ideas, con sus formas y figuras, pero con palabras acomodadas a nuestro uso. No me pareció menester trasladar palabra por palabra, sino conservar la propiedad y fuerza de todas las palabras. Y es así que no consideré deber mío tenérselas que contar una a una al lector, sino, como si diráramos, pesárselas" (Cic. *De optimo gen. orat.*, 13-14). Y nuevamente, hacia el fin de su plática: "Si, como espero, he traducido las oraciones de ellos manteniendo todas sus altas cualidades, es decir, con sus ideas y figuras y encadenamiento de la materia, ciñéndome a las palabras en la medida en que no repugnan al uso de nuestra lengua - no todas caso estén ver todas del griego; sin embargo, nos hemos esforzado en que fueran del mismo genio..." (Cic., *ibid* 23). El mismo Horacio, varón ingenioso y docto, da en su Arte poética ese mismo precepto al intérprete inteligente:

No trates de verter, escrupuloso intérprete,
palabra por palabra (*Ars poet.* 133s.)

Terencio tradujo a Menandro, Plauto y Cecilio a los cómicos antiguos. ¿Acaso andan asidos a las palabras y no tratan más bien de mantener la gracia y elegancia en la traslación? Lo que vosotros llamáis fidelidad de la traducción, la llaman los doctos *κακροζελία* o mal gusto.

(Trad. Daniel Ruiz Bueno, p. 84-85)

M. LUTERO

Circular sobre la traducción
(1530)

Pues no hay que preguntar a las letras del latín cómo se debe hablar en alemán, tal y como hacen los borricos; hay que preguntar a la madre en la casa, a los niños en la calle, al hombre corriente en el mercado y mirarles la boca cuando hablan y según ello traducir; de esta manera ellos entenderán y se darán cuenta de que se habla alemán con ellos.

(Trad. Miguel Ángel Vega, p. 109)

N. P. ABLANCOURT

Prólogo a su traducción de Luciano
(1790)

... Consiguientemente no me atengo a las palabras del autor, ni siquiera a sus pensamientos. Yo guardo el efecto que él intentó producir en la mente, y dispongo el material según la manera de nuestra época. Tiempos diferentes no requieren palabras diferentes, pero sí diferentes pensamientos y los embajadores se suelen vestir con la moda de los países a los que han sido enviados, por temor a aparecer ridículos a los ojos de los países a los que ellos tratan de agradar.

Lo que yo he conseguido no es ciertamente una traducción, en sentido estricto. Es algo mejor que una traducción y los escritores de la Antigüedad clásica no tradujeron de manera distinta. [...] Cicerón afirma que no procede como intérprete, sino como orador, y lo mismo puedo decir yo de mi traducción de los diálogos de Luciano, si bien no me he permitido la misma libertad en todos los casos. De hecho, hay muchos pasajes en los que he traducido palabra por palabra, por lo menos en la medida en la que lo toleraba una versión elegante. Hay también otros pasajes en los cuales yo he considerado, más que lo que el autor realmente dijo, lo que debería decirse o lo que yo podría decir. Y en esto he seguido el ejemplo sentado por Virgilio en sus préstamos de Homero y Teócrito (...)

(Trad. Miguel Ángel Vega, p. 163)

F. SCHLEIERMACHER

Sobre los diferentes métodos de traducir
(1813)

[...] Pero, entonces, ¿qué caminos puede emprender el verdadero traductor, que quiere aproximar de verdad a estas dos personas tan separadas, su escritor original y su propio lector, y facilitar a este último, sin obligarle a salir del círculo de su lengua materna, el más exacto y completo entendimiento y goce del primero? A mi juicio, sólo hay dos. O bien el traductor deja al escritor lo más tranquilo posible y hace que el lector vaya a su encuentro, o bien deja lo más tranquilo posible al lector y hace que vaya a su encuentro el escritor. [...]

(Trad. Valentín García Yebra, p. 231)

GOETHE

Ficción y verdad
(1811 – 1833)

Saludo tanto el ritmo como la rima, gracias a los cuales la poesía se hace poesía, pero lo que propiamente actúa de una manera profunda y efectiva, lo que auténticamente forma y hace progresar es aquello que queda del poeta cuando es traducido en prosa. Sólo entonces se advierte el contenido puro que en su defecto un ofuscante exterior sabe a menudo hacernos ver. Por eso considero que, para los inicios de la formación juvenil, las traducciones en prosa son más provechosas que las poéticas: pues hay que notar que los muchachos, a los que todo tiene que servir de broma, se divierten con el sonido de las palabras, en la cadencia de sílabas y mediante una especie de preunción parodística destruyen el contenido profundo de la más noble obra. Por eso me planteo si no sería mejor antes una traducción de Homero en prosa, una traducción que naturalmente estuviera a la altura del grado de desarrollo en el que se encuentra la literatura alemana. Esta cuestión la planteo a los pedagogos, cuya amplia experiencia debe decidir sobre el asunto. Pero a favor de mi sugerencia quiero y voy a hacer mención de la traducción de la Biblia de Lutero, pues el que este hombre extraordinario nos haya entregado en nuestra lengua materna una obra concebida en los más diversos estilos reproduciendo su tono poético, histórico, instructivo e imperativo como si todo fuera de una pieza, ha promovido más el sentido religioso que si hubiera intentado reproducir todas las peculiaridades concretas del original.

(Trad. Miguel Ángel Vega, p. 249)